

el día 7, y hallóle asistiendo á un *Te Deum* que se cantaba para celebrar lo que se llamaba la libertad de Francia. De una emoción muy natural se sintió poseído el conde de Artois al saber que al cabo iba á entrar en aquella ciudad de París, de la cual había salido el año de 1790, para vivir proscripto cerca de un cuarto de siglo. En su rededor tenia algunos amigos fieles, Mr. Francisco Escars, Julio de Polignac, Rugero de Damas, de Bruges, el abate de Latil, que participaban de su ventura, y se disponian á acompañarle á la capital. Al conde Rogero de Damas le dejó en Nancy, para que con el título de gobernador se encargara de la administracion de la Lorena; y despues de proporcionarse un uniforme de guardia nacional, se puso en camino con el fin de estar en las cercanias de París el día que se eligiera para su entrada.

Las provincias del tránsito estaban horriblemente estragadas. Cadáveres de hombres y cuerpos de caballos muertas infestaban los caminos; reducidas á cenizas estaban las casas de las quintas ó haciendas; barreados ó cortados los puentes; escondida la poblacion ó en fega, y acudia lo mismo al oír el ródar de un coche ó el de los cañones. Su júbilo llegó á colmo ante el anuncio de la paz, y su asombro fué indecible cuando á esta noticia se añadió la de la vuelta de los Borbones. Al escuchar el nombre de tales príncipes se quedaba frío, porque Napoleón figuraba aun por las provincias del Este como el defensor del territorio, aunque á causa de su política hubiese atraído allí á los extranjeros. Ausente estaba de Chalons casi todo el vecindario. Por no asistir á la llegada del príncipe abandonaron la ciudad de Meaux el obispo, el prefecto, los

empleados y los principales moradores. No obstante, cuando el conde de Artois lograba hacerse ver y ser oído, nunca dejaba de producir efecto. A pesar de su instruccion escasa, para atraerse los corazones tenia facilidad de hablar muy notable, gallarda presencia, noble rostro, al cual la nariz aguileña y el labio inferior bello daban todo el aire de familia, con grande expresion de bondad y vivísimo deseo de ser agradable á los ojos de todos. Asi en Chalons como en Meaux acabó por vencer la frialdad de aquellos á quienes pudo acercarse, y les dejó mejor dispuestos que les había hallado.

Ya cerca de París recibió Mr. de Vitrolles una carta de Mr. de Talleyrand en la cual le enviaban á decir lo acontecido, esto es, la adopcion y promulgacion de la constitucion del Senado, la obligacion impuesta al rey de jurar esta constitucion antes de entrar en posesion del trono, y, por consiguiente, la obligacion por parte del conde de Artois de contraer un compromiso cualquiera antes de ser reconocido como lugarteniente general del reino, y, en fin, el deseo general de las personas sensatas, y con especialidad de los soberanos aliados, de ver adoptada la escarapela tricolor por los príncipes de la dinastia de los Borbones. Al recibir Mr. de Vitrolles esta carta corrió á la mansion del conde de Artois, se pronunció muy en contra de lo que llamaba la indolencia, la ligereza de Mr. de Talleyrand, que, á su decir, no sabia oponerse á ninguna demanda, y que, por falta de firmeza de miras, prometia ora al uno, ora al otro, sin jamás cumplir su palabra á nadie. Tan llena de júbilo tenia el alma el conde de Artois que á la sazón era

imposible lograr que penetrase en ella ningún sentimiento triste. Así él como sus amigos miraban la escarapela tricolor con gran repugnancia; si bien las sutilezas constitucionales les conmovian poco, y así es que, asombrado el conde de Artois de la colera de Mr. de Vitrolles, le preguntó si realmente lo que se le anunciaba era tan malo que no hubiera mas arbitrio que el de acalorarse á semejanza suya, y, sobre todo, el de dar una campanada. Se hubo, pues, de aplicar el mismo príncipe á calmar á Mr. de Vitrolles, y se convino en que este último iria sigilosamente á París para ver de zanjar ó eludir allí las principales dificultades. Entretanto, el príncipe continuó su viaje, y en el palacio de Livry hizo noche.

Habiéndose trasladado Mr. de Vitrolles la noche del 11 de abril á la calle de San Florentino, á casa de Mr. de Talleyrand, halló allí lo mismo que habia dejado á su partida, esto es una confusion extremada, cosacos tendidos en el patio sobre paja, en el piso principal con su estado mayor al emperador Alejandro, al gobierno provisional en el entresuelo, á los miembros de este gobierno en una pieza, á algunos escribientes en otra, á Mr. de Talleyrand tan pronto en esta como en aquella, recibiendo á los pretendientes con una sonrisa insignificante, á los emítidores de consejos con un movimiento de cabeza que no comprometia á nada, diciendo lo menos que podia en términos concluyentes, dejando obrar al tiempo, que hace muchas cosas sin duda, aunque á la verdad no las hace todas. Mr. de Vitrolles, siempre muy activo, aunque menos condescendiente á medida que se iba acercando su príncipe á París, se arrebató sobre-

manera contra la escarapela de los tres colores, y contra el juramento exigido al rey Luis XVIII antes de recibir la investidura de la magestad; y parecia como si dijera que no se admitirian tales condiciones. Nada mas desconcertador que el rostro pálido é irónico de Mr. de Talleyrand para las gentes impetuosas. Tras de sonreír ante las amenazas de Mr. de Vitrolles, se vino á las explicaciones.

Con respecto á la escarapela tricolor ocurrió un accidente singular, fortuito ó combinado, que simplificó la dificultad en gran manera. Apenas se promulgó la constitucion, ebrios de gozo muchos realistas se esparcieron por las provincias para divulgar la nueva de la vuelta de los Borbones, con escarapela blanca en el sombrero, cual si esta insignia se hallase ya universalmente adoptada. Dos ó tres de ellos se dirigieron á Rouen, y cerca del mariscal Jourdan, gefe de aquel distrito militar, y á quien su aversion hácia el imperio, y sus opiniones liberales y monárquicas predisponian á favor de los Borbones, llamados con buenas leyes; y así le encontraron propicio á adherirse á los actos del Senado; y como dijeron al mariscal que en París se habia tomado la escarapela blanca, no dando importancia mas que al acto esencial del llamamiento de los Borbones con una constitucion liberal, dirigió una proclama á las tropas anunciando la nueva revolucion, invitándolas á unirse á ella, y prescribiéndolas el uso de la escarapela blanca. Hasta las dió el ejemplo adoptándola personalmente. Como solo tenia bajo sus órdenes destacamentos desparramados y depósitos sin consistencia, no halló el mariscal resistencia alguna. Así la esca-

rapela blanca fué adoptada por las tropas, y se llevó á Paris la noticia como una circunstancia determinante; de modo que se adoptó la escarapela blanca en Rouen creyendo seguir el ejemplo de Paris, y se iba á adoptar en Paris creyendo seguir el ejemplo de Rouen. Juzgando así la cuestion como resuelta, por virtud de una providencia del 9 de abril se mandó á la guardia nacional parisiense que usara la escarapela blanca, aunque lo repugno al principio. Sobre este punto se hallaba por tanto la dificultad casi superada del todo, á lo menos respecto de esta guardia; y como el conde de Artois debia vestir su uniforme, que era tricolor, se lisonjeó que habia operado así una transaccion entre las dos banderas. De consiguiente, se admitió que el conde de Artois entrara con la escarapela blanca en el sombrero, y con el uniforme tricolor de la guardia nacional parisiense.

Lo relativo á la constitucion se resentia de mas árduo. Mrs. de Talleyrand, de Jaucourt, de Dalberg, miembros del gobierno provisional, trataban la cuestion con Mr. de Vitrolles, sin saber á qué expediente recurrir para que la dificultad quedase zanjada. A este tiempo en la mansion de Mr. de Talleyrand se habian introducido varios yentes y vinientes y se les admitió á la consulta, para ver cómo se podria dar posesion al conde de Artois de la lugartenencia general del reino sin infringir las resoluciones del Senado, y sin hacer que el conde de Artois adquiriese un compromiso á que no se sentia inclinado, no teniendo tampoco autorizacion para adquirirlo por falta de tiempo de consultar á Luis XVIII. Solo se ocurrió un arbitrio, el de que Mr. de Talleyrand presentara la

dimision de presidente del gobierno provisional y transmitiera al conde de Artois esta presidencia. Pero aun en este caso necesitábase la autorizacion del Senado, y para obtenerla no se podia prescindir de ligarse de cierto modo con este cuerpo. Importunado de resultas de tales dificultades, Mr. de Talleyrand dijo á Mr. de Vitrolles:—Entrad ante todo, y ya veremos luego.—Así á tenor de su costumbre fiaba á las cosas el cuidado de resolverse por sí mismas, si no se sabia como arreglarlas por propia mano.

Mr. de Vitrolles regresó al palacio de Livry el 11 por la noche, despues de convenir en que el conde de Artois haria su entrada en Paris al dia siguiente. Mr. de Talleyrand, que tenia á su disposicion á Mr. Ouvrard, recién salido de las cárceles imperiales, y siempre afamado por su lujo, le encargó que fuera á Livry con el objeto de hacer todos los preparativos de la recepcion. Para servir de escolta al principe se enviaron al mismo punto á la guardia nacional de á caballo y seiscientos infantes de la misma guardia. Radiante el conde de Artois de alegría los recibió cordialmente, lo cual les conmovió mucho, y como si quisiera corregir el efecto de la escarapela blanca puesta en su sombrero, les dijo que en Nancy se habia proporcionado un uniforme semejante al suyo, y que al dia siguiente entraria en Paris con el mismo traje que ellos, así como con sentimientos acordes. Con aclamaciones respondieron á estas gratas frases, y por de pronto aparecieron en perfecta armonia las gentes de otros tiempos y las de los actuales.

Al dia siguiente 12 de abril agolpóse considerable muchedumbre al camino y á las calles que

desembocan en la barrera de Bondy. Asi los hombres que habian nacido realistas como aquellos á quienes la revolucion hizo tales, y su número no era escaso, se adelantaron á todos á fin de asistir á un espectáculo harto imprevisto para ellos, porque tras el cadalso de Luis XVI, tras las victorias de Napoleon, ¿quién hubiera imaginado jamás que las puertas de Paris se abrieran de nuevo para recibir á los Borbones en triunfo? Sin embargo, con un poco de reflexion pudiérase vaticinar sin duda, porque fuerza es contar con repentinos y violentos cambios, cuando se traspasa el objeto racional y honroso de las revoluciones. ¿Pero quién es el que reflexiona y menos aun entre las masas? Pur entonces tantas gentes habian perdido á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos en el cadalso ó en los campos de batalla; tantas gentes habian tenido su familia dispersa é invadido su patrimonio, que su emocion era profunda ante la sola idea de tornar á ver al príncipe que era para ellos la viva imágen del tiempo en que habian sido jóvenes, en que creían haber sido felices, y del cual habian olvidado los vicios. El sensato vecindario de Paris, siempre fiel expresion del sentimiento público, adió por largo tiempo á Napoleon, que le habia proporcionado el reposo á la par que la gloria, y separado de él tan solo por sus faltas, muy luego comprendió que, derrocado Napoleon, no mas que los Borbones eran sus necesarios y apetecibles sucesores, y que el respeto con que estaba rodeado su título al trono, la paz de que traian la certidumbre, la libertad que se podia conciliar bien con su autoridad antigua, eran prendas para Francia de una felicidad apacible y duradera. Este ve-

vecindario se hallaba animado de resultas de los sentimientos mas propicios hacia los Borbones, y pronto á echarse en sus brazos, si acreditaban algo de buena voluntad y de buen seso. Del todo adecuada era la faz afable del conde de Artois para favorecer tales disposiciones y convertirlas en universal entusiasmo.

A las once de la mañana emprendió la marcha á la barrera de Bondy el conde de Artois, rodeado de gran número de personajes á caballo, pertenecientes á todas las clases, si bien con especialidad á la antigua nobleza. De continuo llegaban nuevos personajes, empleados de alta categoria, oficiales extranjeros, con el fin de agregarse á la comitiva, y apenas eran conocidos, se abrian las filas para dejarles paso hasta el príncipe. Singularmente animados iban los realistas en torno suyo. Si entre los que iban llegando unos tras otros, se contaban tal vez algunos cuya fidelidad hubiese vacilado un instante, gritos frenéticos de *viva el rey!* estallaban á su presencia, como en muestra de que no se pondria en práctica el olvido por los realistas, ni aun respecto de los de su mismo bando. Al llegar Mr. de Montmorency, adió al imperio, cuando todo el mundo lo era en Francia, ayudante mayor general de la guardia nacional, en compañía de su gefe el general Dessoles, se vió asaltado por los gritos afectados de *viva el rey!* como si alguien necesitara enseñar á los *Montmorencys* á amar á los Borbones. Ya no lejos de la barrera se vió asomar un grupo de ginetes con plumero tricolor y de gran uniforme: lo componian los mariscales Ney, Marmont, Moucey, Kellermann, Serurier, no habiendo abandonado los colores que aun usaban las

tropas. De nuevo empezaron los gritos, aunque sin violencia, porque á la vista de estos hombres terribles, un pronto instinto hizo conocer hasta á los mas fogosos parciales del príncipe que era preciso contenerse. Al frente de este grupo se hallaba el mariscal Ney. Su enérgico rostro, violentamente contraído, al golpe revelaba un malestar extremado, aunque sin asomos de recelos, pues nadie osaría faltarle á las consideraciones debidas. A la voz de—*Aquí están los mariscales*—se abrió diligentemente la comitiva del príncipe con el fin de cederles paso. Empujando el conde de Artois su caballo hácia ellos, les estrechó la mano á todos.—Bien venidos seáis, señores, les dijo, vosotros que á todas partes llevais la gloria de Francia. Creed que mi hermano y yo no hemos sido los últimos en admirar vuestras proezas.—Colocado el mariscal Ney cerca del príncipe y conmovido por su acogida, no tardó en mostrar una actitud mas natural y holgada. Casi junto á la barrera estaba el gobierno provisional, que iba á recibir al conde de Artois á las puertas de la capital con su presidente á la cabeza. Mr. de Talleyrand pronunció algunas palabras corteses, respetuosas y concisas, á las cuales respondió el príncipe con frases felices que le inspiraba su situación. Despues siguió la comitiva por los barrios altos de París hácia Nuestra Señora. No fué espectáculo muy animado el que ofrecieron los arrabales; mas en los bulevares cambió por completo. Sensible la clase media á las esperanzas de paz y de reposo, fuertemente conmovida por los recuerdos que se agolpaban á todas las mentes, cautivada por la buena traza del príncipe, le hizo la mas cordial acogida. Al aproximarse á la

catedral notóse la emocion en aumento. Junto á la puerta de la iglesia fué recibido el conde de Artois por el cabildo. Ya se habia tenido la precaucion de alejar al cardenal Maury, arzobispo de París, no instituido, tras de llenarle de ultrages todos los periódicos de la capital por espacio de ocho dias. Asi el adalid brioso de la causa real en la Asamblea constituyente, por causa de algunos actos de debilidad respecto del imperio, no alcanzaba el olvido asegurado á todos. Conducido el rey al sillón régio bajo palio, hasta dentro del mismo templo fué objeto de demostraciones ruidosas. Juntos estaban en la basílica todos los altos funcionarios y todos los estados mayores; solo se echaba de menos al Senado. Volviéndose á vestir de la dignidad de que no se debió despojar nunca, no queria asistir á ninguna ceremonia que pudiera significar el reconocimiento por su parte de los Borbones, mientras que relativamente á la constitucion no mediara algun compromiso. De nuevo estallaron los gritos al pronunciar el clero estas palabras sacramentales: *Domine, salvum fac regem Ludovicum*, y el conde de Artois que no las oia desde que su augusto hermano fué llevado al patibulo, no pudo contener el llanto. Terminada la ceremonia, fué llevado el conde de Artois á las Tullerías por entre la misma afluencia de muchedumbre y al son de aclamaciones cada vez mas significativas. Tan conmovido se sintió á la puerta del palacio de sus padres que hubo necesidad de sostenerle; y los presentes hicieron resonar los aires con los gritos de *viva el rey!* y saltándoseles las lágrimas. Llegado al piso principal de palacio, dió las gracias á todos los de la co-

mitiva, y en particular á los mariscales, que se hubieron de retirar entonces. Al salir estos de las Tullerías y al dejar allí al príncipe rodeado de los altos personajes de la emigracion, ya conocieron que serian estraños en aquella córte, en cuyo establecimiento acababan de tomar parte, y una mirada de desconfianza y de pesadumbre hizo que este sentimiento doloroso se retratara en su semblante (1).

Vivísima fué la impresion experimentada por la capital en este dia. Con su buena gracia, su emocion sincera y la oportunidad de su lenguaje, sin duda contribuyó el príncipe á ella; pero se debió principalmente á los grandes recuerdos de lo pasado, tan poderosamente despiertos en esta coyuntura. No parecia sino que la nacion y la antigua dinastia se dirigieran estas palabras: —Unos y otros hemos buscado la felicidad, y solo hemos andado sobre sangre y ruinas; reconciliémonos y seamos felices haciéndonos mútuas concesiones. —Ciertamente no se decia tan por lo claro, pero sentíase confusa y hondamente, y si los recuerdos que á la sazón conmovian con fuerza y estrechaban las almas, no llegaban pronto á separarlas despues de unir las; Francia podia ser venturosa gozando de una libertad apacible bajo la autoridad de sus antiguos reyes. Mas qué de prudencia se necesitaba por parte de todos para lograr este resultado! Con todo, licito era esperar lo, y fundamento habia para creer que bastára á darlo por seguro la gran victima de Fontainebleau inmolada á la pública felicidad por su culpa.

(1) Así consta por relacion de Mr. de Vitrolles.

Abiertas estuvieron las Tullerías al dia siguiente, y todo el que se presentaba con un nombre mas ó menos calificado, si podia conmemorar que habia visto á los príncipes en cualquiera circunstancia, ó que habia padecido con ellos ó por ellos, era bien recibido y sentia estrechada por el conde de Artois su mano. Instantáneamente se repetian en todo Paris las palabras salidas de su boca, y la lisonja propicia siempre á ser en ayuda del sentimiento comparaba su persona agraciada y afable á la persona adusta y áspera del usurpador ya caido. No se escuchaban, no se leian mas que perpétuas comparaciones entre la tiranía suspicaz, desconfiada, á menudo cruel del soldado advenedizo, y la autoridad paternal, dulce y confiada de los antiguos príncipes legitimos. Sobre este tema se hacian mas ó menos juegos de palabras mas ó menos justas. —Ya tenemos sobrada gloria, decia Mr. de Talleyrand al conde de Artois, traednos el honor. —Tan en descrédito se hallaba el genio como la gloria. Estas palabras de genio y de gloria, repetidas hasta el fastidio por espacio de quince años, habian cedido el puesto á otras en el vocabulario de los aduladores, y no se oia hablar mas que del derecho, de la legitimidad, de la sensatez antigua. Así cada época tiene su lenguaje en voga, y hay que concedérselo sin atribuirle mayor importancia que la que representa de suyo.

Ya posesionadas las Borbones de las Tullerías, solo faltaba llevar fuera de Francia y al retiro que le estaba destinado al leon vencido y encerrado en Fontainebleau. Mr. de Caulaincourt estaba encargado de arreglar con los soberanos extranjeros los pormenores del viaje de Napoleon por medio de

Francia; viaje difícil á causa de las provincias meridionales por donde habia de hacer tránsito. Se convino en que cada una de las grandes potencias beligerantes, Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra, enviaria un comisario con encargo de representarlas cerca de Napoleon, y de asegurar el respeto á su persona y la ejecucion del tratado de 11 de abril. Al designar á Mr. de Schouvaloff por comisario suyo el emperador Alejandro, le dijo delante de Mr. de Caulaincourt:—Vuestra cabeza me responde de la de Napoleon, porque nuestro honor está interesado, y nuestro primer deber es hacer que se le respete, y que llegue sano y salvo á la isla de Elba.—Al mismo tiempo habia despachado este monarca á uno de sus oficiales cerca de Maria Luisa, á fin de que no fuera inquietada ni por los cosacos, ni por los furibundos del partido realista, naturalmente mas numerosos á orillas del Loira que en otras partes.

María Luisa, á la cual dejamos en camino de Blois despues de la batalla de Paris, viajó á cortas jornadas, con la desesperacion en el alma, temiendo por la muerte de su esposo, por la corona de su hijo y por su propia suerte, y no sabiendo ajustar por falta de luces estos diversos temores á la extension real del peligro. Sucesivamente llegaron á sus oídos las noticias de la toma de Paris, de la vuelta de Napoleon hácia esta capital, de su abdicacion, y, por último, de la adjudicacion del ducado de Parma para ella y para su hijo. Durante estas varias peripecias sufrió muy cruelmente, porque, aun cuando no estuviera dotada de la fuerza que produce los grandes sacrificios, era dulce, buena, y profesaba afecto á Napoleon y una verda-

dera ternura maternal al rey de Roma. Sin duda era cierta compensacion de lo que perdía el hermoso ducado de Parma; no obstante, apenas la ocupaba por el momento, y la vista de su esposo caido del tropo mas alto á una especie de prision conmovia su alma débil, mas de ningun modo insensible. Por espontáneo impulso y por consejos de Mma. de Lucay, pensó un instante en correr á Fontainebleau para arrojarse á los brazos de Napoleon y no abandonarle ya nunca. Pero la hizo vacilar el deseo de ver á su padre con el fin de lograr la Toscana, deseo al que el mismo Napoleon la habia alentado. Además un incidente, á pesar de lo insignificante, produjo en su ánimo una impresion funesta, y la indispuso singularmente contra los Bonapartes. Al ver sus cuñados la aproximacion del enemigo al Loira, la excitaron á retirarse mas lejos, lo cual repugná ella y dió margen á una escena tan violenta, que al oír la sus criados tuvieron que acudir, por decirlo así, en su socorro. De resultas conservó una irritacion extremada, y cuando llegaron á tomarla bajo su proteccion oficiales de Alejandro y del emperador Francisco, se les entregó de buen grado, no ocurriéndola que iba á ser en union de su hijo una prenda de que la coalicion no se desharia nunca. Despues se convino en que iria á Rambouillet para que la visitara allí su padre.

Antes de su partida, no la pudo evitar la proteccion de Rusia y de Austria una especie de ultraje, que es muy comun en medio de catástrofes semejantes. Al salir de Paris llevóse el resto del tesoro personal de Napoleon, consistente en 48,000,000 en plata y oro y en una rica vajilla. A

este tesoro iban unidos los diamantes de la corona. Ultimo resto de las economías hechas por Napoleón de su dotación eran los 48.000.000, y de su propiedad personal era también la vajilla de oro. De estos 18.000.000 envió algunos á Fontainebleau, ora para pagar al ejército, ora para los gastos del cuartel general, y por orden expresa de Napoleón puso María Luisa al rededor de 2.000.000 dentro de sus carruajes para su propio uso. Poco mas de 10.000.000 quedaban en los furgones de la corte fugitiva. Falto el gobierno provisional de dinero ideó enviar agentes en pos de María Luisa para apoderarse de este tesoro, so pretexto de que se componia de sumas sacadas de las arcas del Estado. No era así de ninguna manera; mas no se escrupuliza ser verdadero y justo en tales circunstancias.

Segun otra costumbre de los tiempos de crisis, se eligió por agente un enemigo, y á mayor abundamiento buscóse en las filas inferiores de la administración. Este fué Mr. Dudon, á quien se expulsó por orden de Napoleón del Consejo de Estado. Habiéndose dirigido este agente á Orleans, se apoderó de los 10.000.000 colocados en los furgones del Tesoro, de la vajilla propia de Napoleón y de parte de los diamantes de María Luisa, á pesar de las reclamaciones de ésta y de los esfuerzos de los comisarios extranjeros para ahorrarla tal ultraje. A París fueron conducidos estos despojos imperiales, de que el gobierno provisional necesitaba sobremanera.

De Orleans dirigióse María Luisa á Rambouillet para esperar allí á su padre. Tras de entrar el emperador de Austria el 15 de abril en Paris, donde

fué recibido con gran ostentacion por sus aliados, y con mucha frialdad por el pueblo parisiense, que juzgaba severamente su conducta como padre, se encaminó á Rambouillet con el fin de ver á su hija. La prodigó muestras de ternura, y se esforzó en persuadirla de que todas sus desgracias eran imputables á su marido; de que Austria nada habia omitido por celebrar una paz honrosa, así en Praga como en Francfort, y finalmente en Chatillon; de que Napoleón no la habia querido firmar nunca; de que era un hombre de genio á todas luces, si bien falto de razon en un todo, y contra quien Europa se habia visto en la necesidad de venir al último extremo; de que en calidad de emperador de Austria no le habia sido dado observar otra conducta; de que no habia podido menos de anteponer sus deberes de soberano á su amor de padre; de que no por esto su ternura paternal habia permanecido ociosa, pues habia proporcionado á su hija un hermoso principado en Italia; de que allí sería soberana y se podría consagrar á su hijo, y prepararle un porvenir dulce y apacible; de que por rareza los mas favorecidos vástagos de la casa imperial salian mejor librados; de que, si tal era su gusto, podía visitar á su esposo y aun vivir en su compañía, luego que aquella terrible tempestad hubiera pasado, pero que á la sazón lo mas cuerdo parecía que fuera á descansar á Viena de las emociones que tan hondamente la habian agitado; de que estaría rodeada de los cuidados de toda su familia hasta que se pudiera encaminar, ora á Parma, ora á la misma isla de Elba, pues al presente seria penoso y contrario á la conveniencia que tratara de unirse á Napoleón para cruzar la Francia en cali-

dad de prisionera; de que sería para él mas bien un embarazo que una ayuda; de que la vida y la seguridad del emperador despues de vencido y desarmado eran un depósito confiado al honor de los monarcas aliados; y de que por consiguiente sobre este punto debia estar tranquila, y seguir el consejo de ir a pasar los primeros instantes de esta separación en medio de las caricias de su familia y de las memorias de su infancia.

Hallando Maria Luisa cómodo para su debilidad lo que se le proponia á la verdad con las mas afectuosas formas, se adhirió á los deseos de su padre, y consintió en dirigirse á Viena, mientras que Napoleón se encaminaba á la isla de Elba. Maria Luisa encargó á Mr. de Caulaincourt que asegurara á Napoleón de su cariño, de su constancia, de su deseo de unírsele cuanto antes, y de su resolución de llevarle su hijo, á quien prometia atender y atender en efecto con solicitud extremada.

Despues de la partida de Maria Luisa dispersáronse los hermanos de Napoleón y sus hermanas y su madre, y procuraron ganar lo mas pronto posible las fronteras de Suiza y de Italia, para eximirse de las vejaciones de que se veian amenazados. Igualmente se dispersaron al propio tiempo los diversos ministros y agentes del gobierno imperial que habian acompañado á Blois á la regente, y los mas de ellos para encaminarse á Paris y adherirse á los actos recientes del Senado.

Tal fué la suerte de cuanto pertenecia á Napoleón durante estos últimos dias. Entretanto se hallaba en Fontainebleau completamente resignado á los rigores del destino, impaciente por ver concluidos los aprestos de su viaje, y por hallarse, en fin,

trasladado al lugar, donde iba á disfrutar un linaje de reposo, cuya duracion y cuya índole no podia calcular todavía. Cotidianamente notaba crecer en su rededor la soledad. Muy natural hallaba aquel abandono, pues aquellos militares, que le habian seguido á todas partes, salvo el dia postrero, debian tener prisa por adherirse á los Borbones para conservar los puestos que eran galardón justo de los trabajos de su vida. Solo deseará que procediesen con mas franqueza, y con el fin de alentarlos les dirigia el mas noble lenguaje.—Servid á los Borbones, les decia, servidles bien. Si obran con prudencia, bajo ellos puede Francia ser feliz y respetada. He resistido las vivas instancias de Mr. de Caulaincourt para inducirme á aceptar la paz de Chatillon, y lo he resistido con fundamento. Para mí esas condiciones eran humillantes, al paso que no lo son para los Borbones. Hoy vuelven á hallar la Francia que dejaron, y la pueden aceptar con decoro. Asi Francia será todavía muy poderosa, y aunque geográficamente menos extensa, bajo el aspecto moral será tan grande por su valor, por su genio, sus artes y la influencia de su espíritu sobre el mundo. Si su territorio se achica, no le sucederá lo mismo á su gloria. Le quedará el recuerdo de nuestras victorias como una grandeza imperecedera y que gravitará con peso inmenso sobre los consejos de Europa. Asi, pues, servidla bajo los principes que trae al presente la fortuna variable de las revoluciones; servidla bajo su mando tal como la servisteis bajo el mio. No les hagais demasiado ardua la tarea, y abandonadme sin que me conserveis mas que un recuerdo.

Tal es el resumen del lenguaje que en la soledad